

CAPITULO CCLXX.

Conspiracion contra el favorito.—Prision de Valenzuela.—Llega D. Juan de Austria á Madrid.

Por muchas que fueran las precauciones adoptadas por los conjurados, no anduvieron tan recatados que Valenzuela no se llegase á percibir de lo que sucedía, é inmediatamente comprendió que le sería imposible resistir aquella desatada tormenta.

Parece que entónces hubo de celebrarse algunas entrevistas con el Monarca á fin de asegurar su vida, quedando convenido en que se ocultaría en el monasterio del Escorial, para cuyo efecto celebró el Monarca una conferencia con Fr. Márcos de Herrera, prior del monasterio á la sazón, diciéndole el Rey: *Te he llamado porque no tengo de quien farme sino de tí: quiero que te lleves al Escorial á Valenzuela y lo salves.*

Prometió hacerlo así el Prior, mas para poder en cualquier tiempo cubrir su responsabilidad, pidió al Rey que aquella orden se diese por escrito, y aceptado por éste, lo hizo en los términos más explícitos.

En este caso, y sabiendo el favorito que la conspiracion iba adelante, dió aviso al Rey, y en la tarde del siguiente día el Prior recibió un papelito enrollado, en el cual había escritas de mano del Monarca estas palabras: *Mañana al amanecer.*

En su consecuencia, el Prior, que ya estaba convenido con Valenzuela, púsose en camino para el monasterio, acompañado por éste, y adoptando toda clase de precauciones.

En los primeros momentos no pudieron los conjurados saber el punto en que se había escondido el favorito, y como su ánimo era también el de librar al Rey de las influencias de su madre, á pesar de que ésta y el Monarca habían escrito cartas á D. Juan de Austria para que viniese á Madrid, en la noche del 14 de enero de 1677 consiguieron los conjurados que con el mayor sigilo abandonase el Rey el palacio, dirigiéndose al Buen Retiro acompañado de un gentil-hombre.

Inmediatamente salieron el cardenal de Toledo y otros varios señores de la corte con el encargo de ver á D. Juan de Austria, que había llegado con buen número de soldados y servidores hasta la villa de Hita, donde se detuvo, á fin de decirle en nombre de Carlos que despidiese toda aquella muchedumbre y prosiguiera tranquilamente su viaje á Madrid.

D. Juan puso por condición para hacerlo así, que la Reina saliese de la corte, que se procediese á la prision de Valenzuela, pues ya se sabía que estaba en el Escorial, y que se disolviese el famoso batallón de la chamberga.

Cumplimentóse todo inmediatamente, ordenando á D.ª Mariana que marchase á Toledo, al batallón que fué á Messina, y al duque de Medinasiona y á D. Antonio de Toledo que fuésen al Escorial á prender á Valenzuela.

Bien ajeno se hallaba éste confiando en el seguro del Rey de que pudiese llevarse á cabo su prision, así fué que al ver desde una ventana del monasterio que se aproximaban los soldados rodeando el edificio, separóse inmediatamente de su familia, y arrojándose en brazos del Prior, pidióle que le salvase, segun era la orden que para ello había recibido del Monarca.

Inmediatamente ocultó el Prior, y dirigiéndose al encuentro de los soldados, preguntóles lo que querían, y enterado de ello volvió á decirles si llevaban orden del Rey, y al manifestarle que no la tenían sino verbal, lo mismo él que los monjes manifestaron su resolución de no entregar al preso más que por la fuerza, celebrándose con este motivo varias conferencias (1).

Viendo el Prior que todas ellas eran inútiles y que la soldadesca comenzaba á desmandarse, Fr. Márcos, que se había prevenido de antemano preparando una habitación detras de la iglesia, en la cual había puesto cama, ropas y toda clase de víveres para que pudiera mantenerse Valenzuela sin tener que salir ni exponerse por lo tanto á que le vieran, condújole allí á fin de evitar que de él se apoderasen los que le perseguían.

Prosiguieron entónces las pláticas entre el Prior y los encargados de apoderarse del exfavorito, sin que alojase aquél en lo más mínimo, y dando éstos orden á los soldados de que lo invadiesen todo y todo lo registrasen hasta dar con el que buscaban.

Alentada la soldadesca con estas órdenes, lanzóse á cometer toda clase de desafueros, y nada fué respetado por ella, siendo las demastias tales, que el Prior se vió obligado á decir al de Toledo que, si no contenía á sus soldados, se vería en la precision de fulminar contra ellos las censuras eclesiásticas á que se hacían acreedores.

A pesar de esto prosiguieron las profanaciones, y entónces el Prior excomulgó á todos cuantos tomaron parte en ellas ó las alentaron, apagándose las luces del templo, quedando mudas las campanas y practicándose las ceremonias que en semejantes casos se acostumbra.

«Nada, sin embargo, fué bastante, dice un historiador moderno, á contener la desenfadada soldadesca: al contrario, bramaban de cólera, y se desataban en blasfemias y amenazas contra los monjes, y todo lo atropellaban y rompían y andaban desesperados al ver que, despues de cuatro días de investigaciones y de un escrupuloso registro, no daban con el que parecía haberse convertido en duende del monasterio, despues de haberlo sido del palacio. Y en

(1) Quevedo, *Historia y descripción del Escorial*.

verdad habrían sido inútiles todas las pesquisas, si el miedo, el más terrible enemigo en tales lances, no hubiera sido causa de descubrirse él mismo. La noche del 21, creyendo que un grupo de soldados que había oído hablar había descubierto su escondite, con las sábanas y las ligas se apresuró á hacer una soga, con la cual se descolgó, yendo á parar al camarachon llamado de Montserrat, y de allí salió aturrido á un claustro, donde encontró un centinela que le conoció y le dijo generosamente: *Vaya V. E. con Dios, y é! le que y favorezca; la contrasena «Bruselas.»* Pero esto que debió servirle para salvarle le turbó más, y divagando fué á parar á un dormitorio de los novicios. Sorprendidos éstos, pero resueltos á libertarle á todo trance, salieron en número de cuarenta, y metiéndole en medio con disimulo le llevaron á un pequeño camarachon de la celda del Juaneto, y poniéndole un cuadro delante de la ventana en que le colocaron, se volvieron á su dormitorio. Mas fuese que lo observasen los centinelas ó bien que le delatase un criado de la casa llamado Juan Rodríguez, es lo cierto que á la mañana siguiente (22 de enero), despues de aumentar el número de los centinelas se presentó D. Antonio de Toledo con los alguaciles de la corte, y encaminándose en derechura al escondite dió con el atribulado Valenzuela, que estaba á medio vestir, y en aquella disposicion que tanto se prestaba á la burla, sin permitirle otra cosa lo llevó al alojamiento del duque de Medinasiona, que al cabo le recibió y trató siquiera con más cortesía y benignidad que el hijo del de Alba.»

Una vez en su poder Valenzuela, dirigiéronse inmediatamente á Madrid, pero en el camino recibieron orden de que el prisionero fuese llevado á Consuegra, á cuyo alcaide se dió orden de que le tuviese incomunicado.

Al saberlo D. Juan de Austria llegó á la corte el 23 de enero, y presentándose al Monarca, obtuvo de parte de éste un afectuoso recibimiento, y del pueblo las más sinceras pruebas de afecto, porque estaba en la confianza de que todos sus males iban á quedar remediados entónces.

Una vez ministro D. Juan, las primeras disposiciones que tomó fueron las de demostrar el gran servicio que la grandeza había hecho confederándose para derribar á Valenzuela.

Al mismo tiempo anulaba todas las mercedes y concesiones que se le habían hecho, dando principio por la grandeza de España, en los términos siguientes:

«Por cuanto he reconocido la importancia que provino á mi corona de la alianza y concordia que hizo la primera y más fiel nobleza de mis reinos para remediar los execrables daños que padecían, para que todo tiempo conste de ella y se reconozca el mayor cumplimiento de sus obligaciones; no habiendo concurrido en las mercedes que consiguió D. Fernando Valenzuela aquella libre y deliberada voluntad mía que era necesaria para su validacion y permanencia, ni el de los méritos y servicios personales ni heredados que le pudiesen hacer digno para obtenerlos, y por otras justas causas que me mueven, he resuelto de dar por nulas dichas mercedes y los títulos despachados de que ellas se hubiesen expedido, mandando se recojan, anoten y glosen, ejecutando las demas prevenciones necesarias en la forma que convenga, para que en ningún tiempo valgan ni se pueda usar de ellas; y porque entre ellas es una el título de grandeza para él y sus sucesores que bajó á la cámara en decreto del 2 de noviembre del año pasado, mando que el original se ponga en mis manos, recogiendo todos los papeles é instrumentos en que se hiciese mencion de esta merced; porque mi intencion y voluntad es que no quede memoria de ella en ninguna parte; queriendo yo por este medio conservar á la primera nobleza de mis reinos á los que de ellas estén condecorados con el honor de la grandeza, con el esplendor que ha tenido en otros tiempos, del cual descaecería si se incluyese en el número de los grandes un sujeto en que no se halla ninguna de las circunstancias que deben concurrir juntas en los que llegan á obtener este honor. Y atendiendo como los reyes mis predecesores hicieron en su tiempo á todo lo que puede ser mayor estimacion de tales vasallos, y al desconsuelo que se hallan viendo á D. Fernando Valenzuela tan desproporcionadamente incluido en su línea, he tomado esta resolución; quedando, segun ella, privado de todos los honores, preeminencias y prerogativas que gozan los grandes. Tendríslo entendido en la cámara para ejecutarlo así y darme cuenta de haberlo hecho.—En el Buen Retiro á 27 de enero de 1677.—Yo el Rey.—Al presidente del Consejo.»

Mientras Valenzuela era conducido á la fortaleza de Consuegra, D. Antonio de Toledo, que se había quedado en el Escorial, recogía todos los papeles y riquezas pertenecientes al exfavorito, haciéndolo con un rigor extraordinario y sin guardar consideracion alguna á D.ª María de Uceda, esposa de Valenzuela, registrando hasta la cama en que por su estado de preñez yacía, haciendo alarde de un lujo de rigores desacostumbrados.

Del embargo practicado en los bienes de Valenzuela resultó que no era la fortuna de éste tan escandalosa como se le atribuía, pues únicamente en treinta y dos mil doblones fué tasado todo lo que se le encontró.



ENTRADA DEL REY EN ZARAGOZA

Riera, Editor, Barcelona, Robador, 24 y 26.

CAPITULO CCLXXI.

Gobierno de D. Juan de Austria.—Disgusto general.—Va el Rey á Aragon.

VERDADERAMENTE que la desdichada suerte que hubo de caberle al desgraciado valido y á su familia no puede ménos de inspirar compasion, máxime cuando ni las faltas de Valenzuela revistieron el carácter de criminalidad que las de otros validos, ni era justo que su desgraciada esposa fuese incluida en el mismo castigo del esposo.

La infeliz D.^a María fué primeramente desterrada á Toledo, presa despues, y finalmente, fijando más tarde su residencia en Talavera, se vió obligada á implorar la caridad pública para mantenerse y perdió el juicio por efecto de tantas desventuras, muriendo al fin demente y desvalida.

Su esposo, D. Fernando, despues de su larga prision en Con-suegra fué desterrado á Filipinas, de donde consiguió marchar á Méjico despues, falleciendo á consecuencia de una cox que le dió un potro que estaba domando.

Y es más de deplorar esto todavía, cuando se considera que la falta de carácter y aun de dignidad del Monarca fué la causa de todo, puesto que Valenzuela reposaba en la fe del seguro y palabra real del Monarca, palabra á la cual faltó del modo escandaloso que hemos visto.

Este suceso demostró patentemente lo que podía prometerse de un reinado que de tal modo se inauguraba.

Grandes esperanzas habíanse cifrado en la mayor edad de Carlos II.

Los numerosos males que venían aquejando á la nacion desde los reinados anteriores habíanse agrabado poderosamente durante la minoría de Carlos, y precisamente todas las miradas, todos los deseos, todas las aspiraciones estaban fijadas en aquella mayoría, mucho más si, como ministro del Rey, podia contarse á D. Juan de Austria.

Grandes y pequeños, como hemos visto, habíanse invocado con entusiasmo; por él habíanse hecho sacrificios de todo género, y esto probaba realmente la mucha estima en que se le tenía.

Y sin embargo, á pesar de todo esto, aun cuando los mismos que le habían elevado trataban de seguir haciéndose ilusiones todavía, la verdad fué que tan luégo estuvo en el poder hubieron de convencerse unos y otros, mal de su grado, que no se mejoraría el estado de la nacion bajo su gobierno.

«Es lo cierto, dice un historiador, que se observó muy pronto que el tan aclamado príncipe, luego que se vió árbitro y dueño absoluto del poder codiciado, en vez de la capacidad, el talento y la prudencia que se le suponía para la direccion de los negocios, no mostró sino altivez y soberbia, ni parecia cuidar de otra cosa que de satisfacer un espíritu de venganza contra todos los que se habían opuesto á sus ambiciosos planes, ó disfrutado algun favor en el anterior valimiento ó no habían firmado el compromiso ó pleito homenaje de los grandes para traerle al lado del Rey. Así que fueron sintiendo los golpes de sus iras y saliendo sucesivamente desterrados de la corte el almirante de Castilla; el conde de Aguilar, coronel del regimiento de la Chamberga; D. Pedro de Ribera, conductor de embajadores; el caballero mayor marques de la Alga-via, el conde de Montijo, el de Aranda y varios otros grandes señores como el príncipe Stigliano, el marques de Mondéjar y el conde de Humanes, ó por no haber suscrito á la confederacion, ó por haber conservado cierta fidelidad á la Reina madre, ó simplemente por no ser de sus partidarios y adeptos. Ensanóse contra el respetable vicecanciller de Aragon, D. Melchor de Navarra, porque con su prudencia habia desviado á los aragoneses de las reclamaciones que el año anterior habían entablado en su favor; le exoneró del cargo, y dió al cardenal Aragon el puesto de vicecanciller de aquel reino. Ni respetó al digno presidente de Castilla, conde de Villumbrosa, el más íntegro y mejor magistrado de aquel tiempo, sin otra razon que la de no haber firmado el pleito homenaje de los grandes, dándole por sucesor en la presidencia á D. Juan de la Fuente, á quien, ni el nacimiento, ni el talento, ni las letras recomendaban para tan elevado puesto. Y aun pareciéndole que el conde de Monterey divertía demasiado al Monarca, lo cual era bastante para mirarle con recelo y sospecha, le alejó tambien de la corte, enviándole de capitán general á Cataluña; y por cierto le hizo residenciar despues severamente por su conducta en el negocio de Puigcerdá.»

En el alcázar de Toledo hallábase la Reina madre acompañada del embajador de Alemania, el marques de Manzera y algunos otros, aun cuando pocos caballeros, y precisamente en esta reducida corte, fijándose siempre la recelosa mirada de D. Juan, mantenía una turba de espías que le decían lo suficiente para avivar sus desconfianzas y sus temores, y de aquí que los graves negocios se vieran desatendidos y perdido miserablemente un tiempo que pudiera haber empleado en asuntos de verdadero interes.

De aquí nacía que ni los impuestos, ya tan excesivos, se rebajaban, ni se disminuían ninguna de las gravosas cargas que sobre el pueblo pesaban, ni mejoraba la situacion de la Hacienda, ni se moralizaba la administracion de justicia.

Por el contrario, el desórden continuaba, produciéndose con él mayor disgusto; por la misma razon de que la nacion habia cifrado

grandes esperanzas en su mejoramiento, y en vez de esto se encontraba con que el nuevo ministro sólo se ocupaba en desterrar á los que juzgaba le eran contrarios, y no en aconsejar al Monarca las medidas que debía tomar para dar á sus pueblos el bienestar de que se hallaban tan ansiosos, era mayor el desecato.

Jamas ministro alguno ha caído más pronto del pedestal que D. Juan de Austria, y verdaderamente que el pueblo español dió entónces una prueba del afecto y de la veneracion que profesaba á sus monarcas cuando no se lanzó á los motines para conseguir el cumplimiento de lo que se le habia prometido.

Más atento D. Juan á satisfacer su vanidad ocupándose en frívolas cuestiones de etiqueta, que no en asuntos de verdadera importancia, dábase aires de legítimo príncipe, ofendiendo á los ministros extranjeros, y se entretenía en ordenar que la estatua ecuestre de Felipe IV, que Valenzuela habia hecho trasladar desde el Retiro al frontispicio de Palacio, volviese al lugar que ántes ocupaba y á introducir variaciones en los trajes de palacio, dándoles un carácter de extranjerismo, desagradable siempre á los españoles.

Y entre tanto los ejércitos de Flándes carecían hasta de lo más necesario, y los generales de Luis XIV nos arrebatában las mejores plazas de los Países Bajos y nos causaban pérdidas de consideracion en Cataluña.

Acostumbrada la corte ó los cortesanos á recibir mercedes en cada uno de los cambios de ministros, que con ellas se les pagasen los servicios prestados, no llevaron á bien el limitado número de gracias que hizo D. Juan, y como que le veían más pródigo en decretar destierros que en hacer concesiones, reunió al odio que naturalmente debían profesarle los desterrados, el disgusto de los que se habían visto defraudados en sus esperanzas, y bien pronto contó en mayor número los adversarios que los amigos.

Aquéllos, como sucede generalmente, volvieron sus ojos hacia la persona á quien habían derribado y las inteligencias entre doña Mariana de Austria y los descontentos se entablaron, prometiéndole éstos que harían cuanto de su parte estuviera para conseguir que volviese al lado de su hijo.

Y efectivamente, dieron comienzo los trabajos en este sentido, mas como que era todavía pronto para provocar un nuevo cambio, y como que por otra parte D. Juan no dejaba un solo momento al Monarca, y sólo él tenía acceso á su lado, no le fué difícil extinguir todos aquellos gérmenes de conspiracion que hubieran podido producirle graves disgustos.

Sin embargo, no por haber conseguido este triunfo quiso exponerse á mayores riesgos, y en su consecuencia, cuando vió que el Rey se inclinaba á marchar de jornada á Aranjuez, temeroso de que la proximidad á Toledo le fuese perjudicial, bajo el pretexto de celebrar Cortes á los aragoneses, jurándoles sus fueros, lo que, segun él decia, les habia prometido durante su estancia allí, obligó á salir de Madrid, en abril de 1677, quedando convocadas las cortes para Calatayud, aun cuando despues se trasladaron á Zaragoza.

En los primeros días del mes de mayo llegó el Rey á la capital de Aragon, y despues de haber pasado dos días descansando en el palacio de la Aljafería, hizo su entrada solemne en la ciudad.

Treinta y seis años hacia que no habían visto aquellos naturales á sus monarcas, y fácil es por lo tanto de presumir la estusiasta acogida que obtendría Carlos II por parte de los zaragozanos.

Una vez abiertas las Cortes, prestó el Monarca el juramento de costumbre, y hecha la propuesta consiguiente, dejó por presidente de ellas á D. Pedro de Aragon, y regresó á Madrid á primeros de junio, desatendiendo la súplica de los catalanes, que le enviaron una diputacion con objeto de que pasase á visitarles como habia hecho con los aragoneses.

«No logró á reponerse el Príncipe bastardo, dice Lafuente, en la opinion pública despues de su regreso á Madrid, por más que procurase acallar á los descontentos dando algunos empleos á los desterrados ántes, ó á sus hermanos y parientes, haciendo algunas reformas económicas, expidiendo algunas pragmáticas para moderar los trajes y sus cortes, desterrando las mulas de los coches y fomentando la introduccion de caballos, con otras cosas por este órden, mandadas ya ántes muchas veces y pocas practicadas. Mas como quiera que sea, los sucesos de la guerra nos eran tan contrarios que los vireyes y generales de nuestras tropas en Sicilia, en Alemania, en los Países Bajos y en Cataluña carecían de socorros, de hombres, de dinero, y que nuestras armas iban en todas partes con decadencia, perdiámos territorios, y las potencias de Europa negociaban una paz que no podía ménos de ser humillante y vergonzosa para España, atribuíase en la mayor parte á indolencia y torpeza del Príncipe y ministros, decíase públicamente que el crédito que en tal cual ocasion habia ganado en la guerra era debido á sus generales y consejeros, añadíase que el que habia ganado á Portugal perdería á Flándes, la ociosa malicia hallaba materia de crítica en todas sus acciones, pululaban las sátiras y los pasquines, manía y ocupacion de casi todos los ingenios medianos y de algunos agudos entendimientos de aquella época.»



J. BERRA, lit.

LH. VIDAL, Dime 2°

MARÍA LUISA DE ORLEANS

Riera, Editor, Barcelona, Robador, 24 y 26.